

EL COLEGIAL

N.º 4

AÑO I,

MAYO 9 — 1941



REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:
\$ 1.-



CLASE AVES

ORDEN ANATIDOS

MERGANETTA ARMATA-GOULD.—PATO CORTA-CORRIENTE.

Las aves pertenecientes a este grupo también se les llama lameliros-tus, por su pico aplanado y provisto en los bordes de láminas córneas con las cuales tamizan el agua.

Este espécimen es notable por su dimorfismo sexual, vive en los ríos y siempre nada contra la corriente, valiéndose para ésto de un cachito que tiene en las alas, en la articulación correspondiente a nuestros codos, con las cuales cortan el agua, atributo por el cual se les ha dado ese nombre vulgar: Pato Cortacorriente.

Habita solamente en los ríos y playas de nuestras provincias centra-les, su alimento consiste de peces pequeños, su carne no es agradable al pa-ladar por su alimentación misma.

(APARECE LOS
VIERNES)

Casilla 6562
—Correo 4—
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:

\$ 1.-

SUSCRIPCIONES

EN CHILE:

Anual . . . \$ 50.-

Semestral . . . 25.-

AÑO I

N.º 4

Gran día es hoy, mis queridos amiguitos, gran día de regocijo, porque cada semana recibimos una nueva muestra de comprensión de todo el mundo infantil. Así lo demuestra una amiga franca y leal que nos ha escrito y a quien cedo la palabra con todo gusto.

SALUTACION

(Especial para "El Colegial")

Algarazara loca de sonrisas juveniles, en una fuente multicolor, a los vientos esparrama ese algo sin nombre que va en las almas a modo de capullo en un rosal canción de luna sobre el remanso dormido y que es la maravilla de un símbolo...

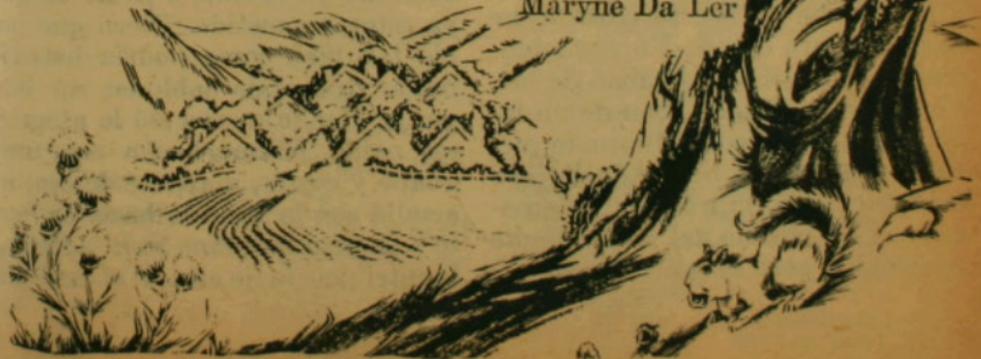
¡En vano la mezquindad humana golpea con furia esa claridad con principios de aurora! ¡En vano la vulgaridad desentona —a veces— las notas sonoras de esa fiesta y echa sobre el perfume del verso, su vaho incoloro o mortificante!

Pero, así como hay Inviernos y el paisaje que fué una ensoñación se hace monótono y triste, hay eternas primavera ardientes de poesías y verdad. Hoy, un nuevo clarín señala un nuevo sendero; "El Colegial" aparece como un solo grito, banderola muy erguida, nuevo velero cuyos mástiles levantan al cielo la clarinada esperada y precisa, manojos de páginas valederas, nuevos rumbos, nueva realidad!

Mi alma, sale a tu encuentro y te ofrece el vértigo de su idealidad, toda su inspiración, concretando en una sola palabra, el íntimo sentir, toda la corazonada fiel de mi ser hecha verso, más que verso, una flor.

¡¡Salud!!

Maryne Da Ler



La Reina de las Nieves

RECUERDE: Kay y Gerda, compañeros de juegos nunca se separan; a Kay le cae una partícula del espejo mágico y esto lo induce a recorrer el mundo. Se encuentra con la Reina de las Nieves que lo lleva a su palacio en su trineo. Gerda va en su busca y durante su viaje se encuentra con un jardín mágico, pero logra huir de allí y luego llega a un palacio donde es recibida con mucha atención por el príncipe y la princesa. Le piden que se quede allí, pero Gerda no acepta. El cuervo que la ha conducido al palacio le cuenta lo que sucede por el mundo y le da noticias de Kay.

IV PARTE

—¡Ese debía de ser Kay! —exclamó la niña muy alegre.— ¡Ya puede decirse que lo he encontrado!

Y palmoteó de alegría.

—Llevaba a cuesta unas pequeñas alforjas —dijo el cuervo.

—No, debía de ser su trineo, pues se lo llevó al marchar —dijo Gerda.

—Puede ser —contestó el cuervo. No me fijé mucho. Pero sé, por mi novia, que al atravesar las puertas del palacio y al ver a los guardias en sus uniformes plateados y a los lacayos con las libreas bordadas en oro, no se impresionó en absoluto. Los saludó inclinando la cabeza y dijo: “Debe de ser fatigoso estar en la escalera en pie. Yo voy adentro”. Las salas centelleaban de luz. Consejeros privados iban de un lado a otro, descalzos, y llevando piezas de vajilla de oro. Aquello era bastante para impresionar a cualquiera. El calzado del pretendiente rechinaba, pero él no se inmutó.

—¡Con toda seguridad era Kay! —exclamó Gerda.— Me acuerdo que llevaba unas botas nuevas y las oí rechinar en la habitación de la abuela.

—Sí, en efecto, rechinaban bien —dijo el cuervo.— Pero sin asustarse, se encaminó a la sala en que se hallaba la princesa, sentada en una perla tan grande como la rueda de un torno de hilar. ¡Pobre e inocente muchacho! Todas las damas de la corte con sus criados; los cortesanos y caballeros, cada uno de ellos seguido de un paje, estaban alrededor. Cuanto más cerca de la puerta se hallaban, mayor era su altanería; incluso el ayudante del lacayo que siempre llevaba zapatillas y estaba al lado de la puerta, parecía sentirse lo bastante orgulloso como para no mirar al recién llegado.

—¡Debía de ser espantoso! —exclamó Gerda.— Y, sin embargo, Kay ha conquistado la mano de la princesa.

—Si no fuese cuervo, la habría obtenido yo mismo, a pesar de que ya estoy prometido. Dicen que habló tan bien como podría haberlo hecho yo cuando hablo en mi lenguaje. Por lo menos así lo asegura mi novia. El muchacho era muy guapo y cortés, y aparte de eso, no acudió con la idea de hacer la corte a la princesa, sino para admirar la inteligencia de ella. Y el caso fué

que ambos se causaron mutua admiración.

—No hay duda de que era Kay —dijo Gerda.— Es tan inteligente, que sabe calcular mentalmente, incluso con quebrados. ¿Querrás llevarme a palacio?

—Eso se dice fácilmente —objetó el cuervo,— pero, ¿cómo lo haremos? Hablaré del asunto con mi novia domesticada, que podrá darnos un buen consejo. Mas debo advertirte que no dejarán entrar a una niña como tú.

—¡Oh, sí! —contestó Gerda.— Cuando Kay se entere de mi llegada, saldrá a buscarme.

—Espérame al lado de ese portillo —dijo el cuervo.

Y meneando la cabeza emprendió el vuelo.

Cuando regresó había oscurecido.

—Mi novia te saluda —dijo— y te manda este panecillo. Lo tomó de la cocina, donde hay mucho pan. Creo que tendrás hambre. No te será posible entrar en el palacio, porque yendo descalza, ni los guardias de uniforme plateado, ni los lacayos de librea bordada en oro te dejarían pasar. Pero no llores, porque de un modo u otro, conseguiremos que entres. Mi novia conoce una escalerilla de servicio, en la parte posterior.

Luego se encaminaron al jardín del palacio y cuando las luces de éste se apagaron una tras otra, el cuervo llevó a la pequeña Gerda a la puertecilla de servicio, que estaba abierta de par en par.

El corazoncito de Gerda latía de miedo y deseo a la vez, como si estuviese haciendo algo malo, aunque en realidad, sólo deseaba saber si aquel príncipe era su pequeño Kay.

Sin duda, debía de ser él, decíase recordando sus inteligentes ojos y su largo cabello. Y aun le parecía ver su sonrisa cuando, en casa, se sentaban al lado del rosal. Figuróse que se alegraría de verla y de oír cuánto camino había hecho para encontrarle y cuán tristes se quedaron todos los de su casa al ver que no regresaba. Si estaba alegre, y a la vez, asustada.

Habían llegado ya a la escalera, y vió una lamparilla que ardía en un estante. Allí estaba el cuervo hembra domesticado, que volvía una y otra vez la cabeza para mirar a Gerda, quien hizo una reverencia como le enseñara la abuela.

—Mi prometido me ha hablado muy bien de usted, mi querida señorita —dijo el cuervo hembra.— Su historia es muy interesante. Si quiere tomar la lámpara, yo la guiaré. Tomaremos el camino directo y no encontraremos a nadie.



Llegando al pie de la escalera, Gerda vió una lamparilla que ardía.

—Me parece que nos sigue alguien —dijo Gerda, figurándose ver una sombra en la pared; le parecían caballos de largas crines y esbeltas patas, que proyectaban su sombra; y también creyó ver cazadores, damas y jinetes.

—Eso no es más que los sueños —dijo el cuervo hembra.—Vienen a apoderarse de los pensamientos de los nobles caballeros y damas, induciéndolos a salir de casa.

Llegaron a la primera estancia, tapizadas de satén de color de rosa y con flores bordadas. Allí los asaltaron de nuevo los sueños, pero volaron tan de prisa, que Gerda no pudo distinguirlos. Las estancias eran unas, más hermosas que las otras y todas lo bastante espléndidas para maravillar a cualquiera. Llegaron por fin al dormitorio. El techo parecía una enorme palmera de hojas de cristal. Allí estaba a quien Gerda había ido a buscar. Ella abrió ligeramente las hojas de color carmesí y vió un cuello moreno. ¡Era Kay! Pronunció su nombre en alta voz y acercó a él la lámpara. Nuevamente los sueños cruzaron la estancia a caballo. Entonces el dormido despertó, volvió la cabeza... y resultó que no era el pequeño Kay.

Solamente tenían parecido. A pesar de todo, el príncipe era guapo y joven. La princesa miró y preguntó qué pasaba. Entonces la pequeña Gerda se echó a llorar, le explicó su historia y todo lo que el cuervo había hecho para ayudarla.

—¡Pobrecilla! —exclamaron los príncipes.

Luego dirigieron palabras de alabanza a los cuervos, asegurándoles que no estaban enojados con

ellos, aunque no debían hacer aquello nunca más. Y al fin les concedieron una recompensa.

—¿Queréis la libertad? —les preguntó la princesa.—¿O bien, preferís, que se os den cargos permanentes en palacio, como cuervos de la corte, con gajes de la cocina?

Los dos cuervos hicieron una reverencia y aceptaron los cargos permanentes, pues pensaron en la vejez y se dijeron que resultaría muy agradable “tener algo que llevarse a la boca cuando fuesen viejos”.

El príncipe invitó a la pequeña Gerda que se quedase en el castillo. En realidad no podía hacer más por la niña. Ella cruzó los brazos, pensando que tanto los hombres como los animales eran muy buenos. De nuevo acudieron todos los sueños, aunque aquella vez parecían ángeles y arrastraban un pequeño trineo en el cual iba sentado el pequeño Kay que saludó a Gerda. Pero no era más que un sueño que se desvaneció al despertar la niña.

Al día siguiente la vistieron de seda y terciopelo. La invitaron a que se quedara en palacio, a pasar una buena temporada, pero ella rogó que le diesen un cochecito con un caballo y un par de botas, a fin de recorrer el mundo en busca de Kay.

Le dieron un par de botas y un manguito. La niña iba muy bien vestida y en cuanto se dispuso a marchar vió parado ante la puerta un cochecito de oro puro. En las portezuelas se veía el escudo del príncipe y de la princesa que brillaba como una estrella. Tanto el cochero, como el lacayo y el correo, porque también lo había, llevaban bordadas unas coronas de oro. Los



Gerda a los pies de la princesa contó su historia.

príncipes ayudaron a la niña a subir al coche y le desearon buen viaje. El cuervo del bosque, que ya se había casado, acompañó a la niña durante las tres primeras millas. Se había sentado al lado de la viajera, porque se mareaba yendo de espaldas a los caballos. En cuanto al cuervo hembra, estaba posado en el marco de la ventanilla y agitaba las alas. No iba con los demás dentro del coche, porque desde que tenía un puesto en la cocina, sufría fuertes dolores de cabeza. Probablemente por comer demasiado. En el coche habían cargado grandes cantidades de bizcochos, pasteles, frutas y bombones, que estaban debajo del asiento. Los príncipes se despidieron de Gerda y tanto aquéllos como ésta, así como los cuervos, se echaron a llorar. Al cabo de algunas millas de viaje, los cuervos se despidieron y aquella fué la separación más dolorosa de todas. Los cuervos fueron a posarse en la rama de un árbol y agitaron sus ne-

gras alas en tanto que estuvo a la vista el coche, que brillaba como la más intensa luz del sol.

Atravesaron un oscuro bosque, donde el coche alumbraba de tal modo el camino, que llegó a deslumbrar a unos ladrones. Aquel resplandor era más de lo que podían soportar.

—¡Es de oro! ¡Es de oro! —exclamaron.

Y avanzando casi con los ojos cerrados, se apoderaron de los caballos, mataron a los postillones, al cochero y al lacayo, luego sacaron del interior del coche a la pequeña Gerda.

—Está gorda y es muy bonita. Sin duda la han alimentado con nueces —dijo una vieja mujer de los ladrones, que tenía larga barba y unas cejas que le colgaban por delante de los ojos.— Debe de ser tan sabrosa como un cabrito bien cebado, y con toda seguridad tiene un sabor excelente.

(Continuará)



Lindor el

RECUERDE: El joven Lindor sabe un día que no es hijo del difunto menestral Galvén, sino del barón Adrián de Sagremor que ha sido asesinado y despojado de sus bienes por el señor de Faunas. Mientras va en busca del asesino de su padre para tomar venganza, se encuentra con el travieso duende Cachetin que lo conduce donde el mago Persides. Este le dice que para vencer al señor de Faunas debe apoderarse de un guantelete de hierro y de una espada, ambas cosas custodiadas por monstruos. Lindor llega a una taberna.

CAPITULO IV



1.—Lindor fué invitado a la mesa y le rogaron que cantara algunas canciones. El joven no se hizo de rogar y mientras cantaba, un escudero lo miraba con mucha atención. Después del canto el escudero interrogó a Lindor.



2.—El joven menestral le contó que era huérfano y que el viejo menestral Galvén lo había recogido y criado. Al oír el nombre de Galvén, el escudero pareció impresionado. ¡Behamos! dijo. Lindor bebió una y otra vez.



3.—¡A fe mía que este mozo sabe beber! exclamaba el escudero. Pero él tenía buen cuidado de no vaciar íntegramente su copa. Su propósito no era otro sino hacer hablar al imprudente Lindor. Este acabó por embriagarse.



4.—Y en medio de su embriaguez empezó a decir que iba en busca del señor de Faunas para castigarlo por haber asesinado a su padre. Los arqueros se reían creyendo que el muchacho decía disparates propios de los borrachines.

Menestral



5.—Y cuando Lindor, después de haberse apoyado en el borde de la mesa, acabó por rodar debajo de ella, completamente inconsciente bajo el desastroso influjo del alcohol, el escudero dijo a uno de los arqueros: Este muchacho no debe llegar al castillo de Faunas. Hay que quitarlo del camino. Tengo mis motivos para impedir que este mozo llegue al castillo del señor de Faunas.—Está bien, señor Lambregue, dijo el arquero interpelado. Déjelo de mi cuenta.



6.—El arquero interpelado, que era una especie de coloso, agarró al pobre Lindor de los pies y lo arrastró al medio de la sala, mientras decía con cruel sonrisa: —¡Yo me encargaré de este mocito que ha amenazado a nuestro amo! Le haré un remedio que lo curará para siempre de su fanfarronería. El escudero llamado Lambregue contemplaba con torva mirada al pobre menestral sobre cuya vida se cernía un peligro tan grave como inminente. Parecía reflexionar.



7.—El infortunado menestral permanecía inmóvil, sin tener la menor conciencia del peligro que lo amenazaba. El colosal arquero desenvainó su largo puñal y lo levantó en alto con la intención de hundirlo hasta el mango en el pecho del joven, mientras los demás miraban con indiferencia. Ninguno de aquellos hombres se condolía de la suerte del joven menestral que tan confiadamente se había puesto en sus manos. Tenían corazones de piedra.



8.—El coloso se detuvo un instante para mirar maliciosamente al escudero y decirle: —Fíjese, señor escudero, como manejo yo la daga. Su mano hizo un movimiento para descender sobre el pecho del menestral... Pero un haz luminoso brotó del violín y como un rayo golpeó la daga haciéndola cenizas. El arquero lanzó un grito y mientras los demás se miraban asustados, el tabernero empezó a exclamar: —Ese violín está encantado, cuidado no maten al joven.

(CONTINUARA)



RECUERDE: Damián y Paulina dejan la cabaña del pescador al descubrir que éste no es su padre. Por el camino encuentran a un hombre atropellado por un auto y antes de morir el hombre les entrega una chaqueta entre cuyos forros hay una fortuna en billetes de banco. Damián promete entregar esa fortuna a la hija del atropellado. Este muere y los niños se alejan con el perro Betún, después de rezarle unas oraciones. Un vagabundo se apodera de la preciosa chaqueta y Damián exige su entrega.

CAPITULO IV

La resistencia del vagabundo no atemorizó a Damián que dijo resueltamente:

—Esa chaqueta me pertenece y si no me la devuelve es usted un ladrón.

—¡No me vengas con palabrotas, amiguito! respondió el vagabundo haciendo un gesto amenazador.

Betún observó aquel gesto y mostrando unos afilados colmillos, empezó a gruñir agresivamente. Damián, sintiéndose alentado por esta ayuda inesperada, replicó:

—Si no me entrega la chaqueta largaré el perro...

—¡Ah, sí? respondió el hombre despreciativamente. Tengo encargo de domar a toda clase de perros...

—¡Zus, a él, Betún! animó Damián al perro.

Betún no se hizo de rogar y lanzando un ladrido rabioso se precipitó sobre el hombre. Este retrocedió con viveza y trató de pararlo con las manos. Pero lanzó un grito de dolor al sentir en una de sus ma-

nos un tremendo mordizeo. Con un movimiento instintivo levantó las dos manos y entonces el perro se aferró a una de sus pantorrillas.

—¡Por los mil demonios, llamen a este condenado perro! exclamó el vagabundo luchando esta vez a brazo partido con Betún.

—¡Déme la chaqueta! respondió Damián inflexible.

—¡Sí, te la daré, chiquillo, pero aparta este demonio de perro!

Damián tiró del cordel y aplacó a Betún con palabras cariñosas. El hombre aprovechó la tregua para quitarse la chaqueta y lanzársela al muchacho que la recibió al vuelo.

—Muchas gracias, dijo Damián con tono burlesco. Esta chaqueta es demasiado preciosa para que se la ponga un vagabundo cualquiera.

Tentó bien los forros y se dió cuenta, por el crujido de los billetes entre los forros, que el vagabundo no había tenido tiempo de descubrir el secreto escondido en la chaqueta. Y mientras el hombre se quedaba quejándose dentro del cobertizo, Damián y Paulina se alejaron de aquel peligroso sitio.

Caminando, caminando, dieron un rodeo para no pasar por el pueblo de la Estrella, tomando por una senda a través de un potrero cubierto de pasto. Iban conversando muy preocupados con los peligros que a cada paso iban hallando en su camino, y no se dieron cuen-

ta de que una sombra los seguía a la distancia. Al cabo de un cuarto de hora divisaron un bosquecillo y Damián exclamó:

—Hermanita, creo que allí podremos cobijarnos hasta mañana.

—Vamos, Damián; aunque me gustaría más dormir bajo techo...

—Bien sabes que no podemos hacer eso, Paulina. El campesino que nos encerró para entregarnos a la policía, debe estar furioso por nuestra escapada y nos hará perseguir. Y en ese bosquecillo estaremos más seguro que en ninguna otra parte.

Tomados del brazo se metieron en el pequeño bosque y amontonando hierbas y hojas secas, dispusieron un lecho para dormir. Betún se acurrucó junto a sus amos. Pero sus orejas estaban tendidas y de cuando en cuando dejaba oír unos gruñidos alarmantes.

—Siente algo, dijo Damián.

—Serán ratones o conejos, insinuó Paulina.

—Tienes razón, eso debe ser.

Y sin preocuparse más por los gruñidos de Betún, los niños se fueron quedando dormidos poco a poco. La sombra que los había seguido a distancia y que había causado secreta inquietud en el vigilante perro, no era sino el vagabundo del cobertizo.

—¡No se irán de aquí hasta mañana! murmuró alejándose. Me iré a dormir al cobertizo y mañana temprano vendré por aquí para ver si puedo hallar una ocasión propicia para apoderarme de esa chaqueta. Ahora no puedo hacer nada, porque ese perro del diablo metería una bulla infernal y, además no me gustaría sentir otra vez en mi pantorrilla la fuerza de sus colmillos.

El vagabundo llegó a su cobertizo de la casa en ruinas. Un hombre salió a recibirlo.

—¡Hola, Celestino! le dijo, hablando con el modo peculiar de un argentino cuyano. Creí que te había ocurrido algo malo al no hallarte aquí.

—¡Ya te contaré, ché Desiderio! respondió el llamado Celestino. Fíjate que no hace mucho, mientras yo me acomodaba para dormir aquí, me encontré una chaqueta en bastante buen estado y de buen paño. Creí que la habrías dejado para mí y sin pensar mayormente me la puse, esperando tu llegada. Pero en vez de llegar tú, llegaron dos muchachos, un chiquillo y una chiquilla, acompañados de un perro. Venían a buscar la chaqueta. Sin duda pasaron aquí la mañana durmiendo y al irse se les olvidó llevar la chaqueta que habían puesto por almohada. El chiquillo me exigió su devolución y como yo me resis-



Los dos hermanos se sentaron sobre el bloque de piedra y comieron algo de sus provisiones.

tiera me largó el perro... ¡Te juro que ese animal tiene los colmillos de fierro! Tuve que devolverle la chaqueta...

—¿Pero de dónde vienes ahora?

—Espera. Cuando el chiquillo se halló con la chaqueta en mano tomó los forros y luego me dijo con burla: "Esta chaqueta es demasiado valiosa para un vagabundo cualquiera". Y apenas se fueron, yo pensé que había sido un tonto al no registrar la chaqueta. Se me ocurre que debe tener dinero oculto entre los forros. Y hasta recuerdo que al ponérmela sentí crugido de papeles. Yo me figuré que serían pedazos de periódicos viejos para hacerla más abrigadora. Pero las palabras del chiquillo me hicieron comprender que se trataba de billetes convertibles en oro conforme a la ley.

—¡Y los dejaste escapar!

—Los seguí para saber adonde iban, se metieron en una arboleda del potrero, no lejos del pueblo. Allí pasarán la noche y mañana podemos atraparlos.

—¿Y por qué no, esta misma noche?

—Tendríamos que atacarlos y por causa del maldito perro nos veríamos obligados a... a hacerlos callar, ¿comprendes? No nos conviene cargar con las consecuencias de un asesinato. Esos chiquillos parecen escapados de su casa. Deben andar detrás de ellos y si los encuentran asesinados, en el acto nos echarían la culpa a nosotros. Además no sabemos cuanto dinero llevan. ¿Crees que sería bonito matarlos por unos miserables pesos? Esperemos hasta mañana y entonces, como a ti no te conocen y andas con

una ternada más o menos decente puedes engañarlos.

—Tienes razón; les diré que soy un agente de policía y tengo orden de llevarlos presos para devolverlos a la casa de donde, sin duda, se han escapado. ¡Deja eso por mi cuenta, Celestino!

—De todos modos, no olvides llevar el lazo... por si hay que amarrarlos.

Ambos compinches se acomodaron en el cobertizo y media hora después dormían pesadamente.

Era muy temprano cuando se despertaron.

—¡Vamos! no sea cosa que los pájaros hayan volado, dijo el cuyano Desiderio.

—En todo caso, si se han levantado temprano no deben ir muy lejos, replicó Celestino. ¿Llevas el lazo?

—Es claro. Lo llevo oculto debajo del vestón. Puede servir para la cejar a ese perro que te infunde tanto miedo.

Los dos maleantes se dirigieron rápidamente hacia el bosquecillo del potrero. Hacía frío, pues el sol todavía no se asomaba detrás de la montaña. La luz de la aurora teñía de azul todas las cosas. Damián y Paulina habían despertado y después de correr un poco de un lado para otro con el fin de desentumecer sus piernas y brazos, se dirigieron al lindero del bosquecillo para salir al camino carretero. Junto al camino había un largo bloque de piedra que servía de baranda a un pequeño puente sobre un zanjón. Ambos niños se sentaron sobre el bloque de piedra y sacando las provisiones de pan y queso que llevaban se pusieron a comer golosamente.

te, pues sentían mucho apetito.

—Es mejor que te pongas la chaqueta, Damián, aconsejó Paulina a su hermano.

—De veras; así no me estorbará, replicó el muchacho. No importa que me quede grande.

Damián se puso la chaqueta y siguió comiendo. En ese momento vieron llegar junto a ellos a un hombre delgado, vestido con un traje de los que se usan en la ciudad. En cuanto el hombre llegó junto a los niños, el perro Betún empezó a gruñir.

—¡Calla, Betún, sosiégate! le ordenó Damián.

El recién llegado, que no era sino el amigo del vagabundo Celestino, le dijo:

—Por fin los encuentro. Ustedes son los niños que huyeron de su casa...

Damián y Paulina se pusieron de pie muy alarmados. Betún lanzó un ladrido que no presagiaba nada bueno para el falso agente de policía. Este prosiguió:

—Van a tener que seguirme, niños.

—Por favor, señor, no nos lleve, suplicó Damián. Somos huérfanos, Francisco Galleguillo, el pescador, no es nuestro padre. Por eso nos escapamos. Pero trabajaremos por nuestra cuenta para ganarnos la vida. No nos lleve, señor, y se lo agradeceremos de todo corazón.

—Pero no puedo volver sin ustedes... Por lo menos deben agradecerme que los vuelva a su casa.

—¡No queremos ir! exclamaron llorando los niños.

—Sus lágrimas me conmueven, dijo el falso agente. No los llevaré; pero dame esa chaqueta, muchacho,



El bribón sacó el lazo y lo lanzó sobre Paulina que corría detrás de su hermano...

para conservarla como recuerdo de esta aventura.

—¡Esta chaqueta es sagrada, señor! Prometí entregarla a su dueña, o mejor decir, a la heredera.

—¿A la heredera? ¡Vaya una herencia!

—Es que tiene una fortuna en sus forros, señor. Usted ha sido tan bueno que no temo decirle el secreto...

Los ojos del maleante relucieron de codicia a estas palabras y sin poderse contener por más tiempo, dió un silbido. En el acto apareció Celestino. Damián y Paulina se dieron cuenta del peligro y echaron a correr. Pero el bribón sacó el lazo y lo lanzó sobre Paulina que iba detrás de su hermano. La muchacha lanzó un grito y perdiendo el equilibrio cayó al suelo.

—¡Déjame, huye tú! le gritó a su hermano.

Pero Damián se detuvo y respondió:

—No, Paulina; prefiero la muerte antes de dejarte sola...

(Continuará)

HISTORIA GRAFICA DE CHILE



13.—El fiel Monroy, después de vencer muchas dificultades, consiguió en el Perú 70 soldados y un buque con pertrechos, armas, víveres y ropas, capitaneado por Pastene. En 1543 llegó a Santiago el heroico emigrario.



14.—Valdivia confirió a Pastene el título de Teniente en el mar y lo envió al sur. Pastene dió el nombre de Valdivia a unas tierras y a un río que divisó avanzando por las costas sureñas. Luego regresó para informar a su jefe.



15.—También Valdivia despachó al norte a Juan Bohon y éste fundó la ciudad de La Serena en el valle de Coquimbo. Los indios se retiraron a 6 leguas de Santiago, desalentados al ver los refuerzos que habían llegado.



16.—La colonia siguió prosperando lentamente. Los lavaderos de oro no producían mucho, excepto los de Marga-Marga; en cambio morían en ellos muchos indígenas. Para remediar ese mal, Valdivia fundó el hospital de San Juan de Dios.

ENTRETENIMIENTOS

Adivinanzas

¿Cuál es el animal que es mamífero e insecto a la vez?

Soy tan callado y discreto que me debes apreciar, pues por guardar un secreto siempre me dejo quemar.

Soy una hermosa ciudad situada en el Viejo Mundo; soy una sabrosa fruta que en compradores abundo.

CHARADAS

1. Mi primera, condimento; dos, tres, bebida muy agradable; mi todo un comestible muy apetitoso.

2. Primera, es una bebida; dos, caso complementario; mi cuarta, un adverbio; tercera y cuarta, en mi todo está.

3. Prima segunda, una flor; tercia cuarta, pertenencia productora de riquezas. Prima tercia, cuarta, forma verbal; dos cuarta, producto animal muy usado; mi todo, material de construcción de edificios.

Nota.— Esta sección queda a disposición de nuestros lectores y pueden remitir colaboraciones, las que serán publicadas oportunamente.

LOGOGRIFO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9.— Bañero.
 1 2 4 5 3 9 4 2.— Caída de agua.
 1 9 3 4 7 3 5.— En los abrigos.
 1 2 8 4 5 8.— Verbo
 5 6 7 8 2.— Adjetivo.
 1 5 8 2.— En los ancianos.
 9 8 5.— Nombre femenino
 4 7.— Bebida.

SOLUCIONES DE LA SECCION ENTRETENIMIENTOS N.º 3

Charadas.— 1. Lautaro. 2. Benitez.

Jeroglífico.— Los tres chanchitos

COLMOS

Del dentista: hacer una plancha de dientes a la boca de un túnel.

Del barredor: barrer las nubes del cielo.

Del escribiente: escribir sobre las aguas.

Del constructor: edificar en el aire.

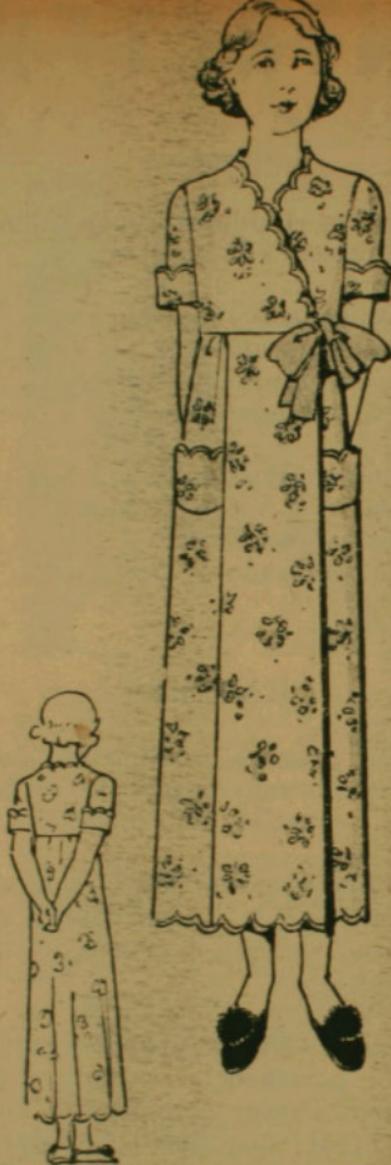
Del jardinero: cultivar la planta del pie.

Del zapatero: hacer un par de zapatos al pie de la letra.

TRAJE PARA ANDAR EN CASA

Resulta muy cómodo, económico y elegante andar en casa con un traje especial, que no sea ninguno de los que se tiene para salir de compras, de paseo o de visita. Aquí damos este modelo que nuestras lectorcitas de 12 a 15 años pueden usar y llevar en casa con mucho donaire.

El vestido lleva un recogido en la cintura, a ambos costados y detrás, formando un tablón en el delante. La blusa es de forma cruzada, de manga corta y con botamanga; se cierra por medio de una cinta rematada en un hermoso lazo. Es un modelo muy lindo y asentador, de confección sencilla.



PARA LA PEQUEÑA DUENA DE CASA

Sandwichs de chocolate y gengibre:

60 gramos de chocolate, 120 gramos gengibre en conserva, 2 cucharadas mantequilla, pan negro.

Cortar varias rebanadas delgadas de pan negro. Rallar el chocolate y mezclarlo con la mantequilla

hasta que la mezcla esté cremosa. Agregar el gengibre, finamente picado y mezclar bien. Extender sobre las rebanadas de pan esta mezcla y formar sandwichs.



CAPITULO IV

Redoblan sus esfuerzos los remeros, luchando desesperadamente contra la mar embravecida. El Argo va a sumergirse, crujen sus tablas, y hubieran perecido si Minerva no les preservase del inminente naufragio, deteniendo con su mano izquierda la peña flotante que iba a aplastarles. Con la derecha, la diosa saca a flote el casco del Argo, y lo empuja hacia el Ponto Euxino, pero no ileso, pues recibió fortísimo golpe, cuando chocaron la roca de Asia y el peñón de Europa.

Salvado el Argo, por la intervención milagrosa de Minerva, nada tienen ya que temer los nautas de las Simplégades que quedan desde entonces fijas en su sitio, y contemplan la planicie del mar, en el que se refleja un cielo azul sin nubes. Pasado aquel peligro, es preciso continuar la empresa sobre aquellas frágiles tablas, y Tifs les dirige esta arenga:

—Nos hemos salvado hoy, camaradas, pero no gracias a nuestros remos, sino gracias a Minerva, la que dió virtud divina a nuestra nave, cuando proporcionó los planos, tú, caudillo, no temas proseguir el viaje, pues bien palmaria queda la protección de la diosa.

Jasón replica:

—No intentes alentarte, amigo Tifs, debí desobedecer el pérfido

mandato de Oelias, y desde que el Argo vaga por los tempestuosos mares, siento formidable responsabilidad pesar sobre mis hombros; nada me importan los propios, mas, ¿qué haré si al regresar a Grecia no llevo conmigo a los valientes nautas que a mi voz abandonaron sus hogares? Hemos desafiado la ira del mar, mas me infunde temor las alevosías que van a asaltarme en tierra.

Los camaradas le vitorearon, dándose por terminada la plática y dirigen la proa de la nave hacia el cabo Negro, región que riega el caudaloso Filis. Anclan en la isla desierta de Tiniada, y aunque es difícil la maniobra, la aparición de Apolo enciende el gozo en sus corazones.

La muerte de Tifs

El rostro del dios va encuadrado por sus rizos de oro que semejan racimo otoñal de uvas maduras: en la mano izquierda ostenta el arco de plata, lleva a la espalda su cajá y el mar se estremece bajo su planta. Los argonautas póstranse de hinojos, clavan la vista en el suelo, y sienten alejarse envuelto en resplandores, al númen tutelar de la isla de Delfos.

Deciden proveerse de piedras, y construir allí mismo un templo místico dedicado a la Concordia, y Céfiro premia su devoción, hacien-

do soplar bonancible brisa que les permite abandonar la isla e internarse por el río, a través de la comarca mariandina. Transeurre la noche entre vientos contrarios y al despuntar la aurora, fondean en la rada de Aqueresia.

Un promontorio cubierto de frágosa vegetación la limita entre los escollos sobre los que se retuercen espumantes las olas. A lo lejos, las aguas del mar Bitinio rugen con estrépito aterrador, y cuando los argonautas vuelven sus ojos hacia el valle, diá inguen una lóbrega hendidura que es la entrada inaccesible del misterioso Averno. De la hendidura sale un hálito glacial, que congela la espuma y gimen junto a ella las furiosas olas, desembocando a pocos pasos el Aqueronte.

La calma que reina en la atmósfera obliga al Argo a echar el ancla junto al promontorio, y los habitantes del país, que saben la victoria obtenida sobre su enemigo mortal, el rey Amico, salen a recibir a los nautas con frases corteses y el rey, al que preceden sus súbditos, les brinda con fraternal alianza. Los homenajes se reparten entre el invicto Jasón, caudillo de la hueste y Pólux, el vencedor de Amico.

Cuando el rey agasaja a Jasón con opípara cena, éste pide que le acompañen todos sus camaradas, y sentados a la mesa, refiere los episodios del viaje, y la amargura que les embargó cuando echaron de menos a Hércules, así como el peligrosísimo paso de las Simplégades, pero lo que más entusiasmo al auditorio es el relato de la aparición de Apolo en la isla desierta. El rey entonces ruega a Jasón que embarque en la nave a su hijo Dasquilo, gran

conocedor de la costa, y a quien aman y respetan sus moradores. Después de las sabrosas pláticas que prolongan el festín, el rey conduce al príncipe al Argo, y hace donación de ricas provisiones.

Era forzoso que se cumpliera lo que estaba escrito en el libro del Destino, y cuando Idmón vagaba por entre los cañaverales de la ribera, encontróse con un gigantesco jabalí, herido ya por el venablo de diestro cazador. Esto no obstante, la fiera arranca a Idmón la vida, y los argonautas permanecen tres días más en el país para levantar a su compañero un túmulo de cal y arena. Luego se apoderan del mástil de una barca vieja, y le ponen de remate al sepulcro, mas ¡oh prodigio! todas las primaveras retoñan sus hojas porque Idmón, por la omnipotencia de Apolo, le hace florecer.

Antes de la marcha es preciso ele-



Idmón vagaba por los cañaverales de la ribera, encontrándose con un gigante herido ya por el venablo del diestro cazador.

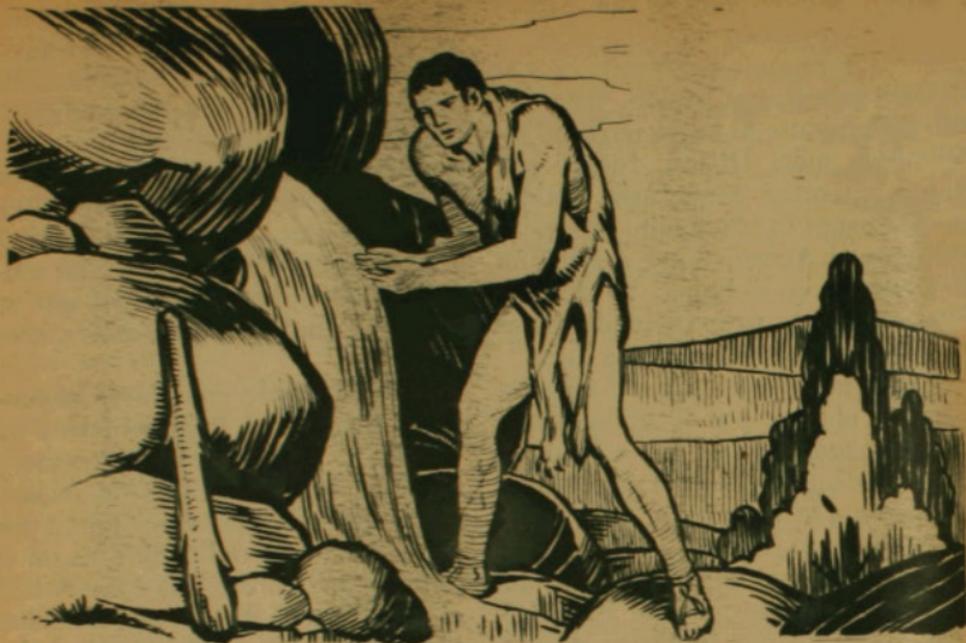
var otro túmulo gemelo que protege el eterno sueño de Tifs, el piloto, porque cuando regresaba el cortejo de sepultar a Idmón, Tifs, cayó súbitamente al suelo para no levantarse más. Difícil fuera que los argonautas recobrasen ánimo ante el espanto producido por estas muertes, si Anceo, el que acompaña a Hércules en el banco, no despertase su valor, pronunciando palabras inspiradas por la diosa Juno.

Anceo solicita que le autoricen a cambiar el remo por el timón, lo que se le otorga, tras de breve disputa, y el duodécimo día el Argo se hace de nuevo a la vela, y con toda su lona desplegada, avanza por el Ponto. Lo primero que descubren a la derecha, es el mausoleo de Esténelo, héroe muerto por la flecha de una amazona, mientras atravesaba la región.

Encuéntranse ahora en la región de las amazonas, de cuyas monta-

ñas manan fuentes que fecundan las campiñas, van a perderse en ríos que conducen estos manantiales hasta el Ponto; los argonautas, detenidos allí por una borrasca, quisieran continuar en el puerto provisorio, pero les es imposible, pues tendrían que combatir con dudoso éxito contra las amazonas, mujeres a ningunas parecidas, que se aprestan cual fieros varones a acometerlos.

Cede el viento cuando va cayendo la tarde, y el Argo endereza su rumbo al Norte y al acercarse a una isla ven los nautas un pájaro audaz que volando sobre el mar, cae cerca de uno de ellos, le pica en el hombro izquierdo y le hace soltar el remo. Antes de que el ave misteriosa se pierda en lontananza, los nautas ven con asombro, que una pluma se ha clavado en la carne de su compañero, y que otros pájaros vienen a posarse sobre su nave. Al



Encuétranse ahora en la región de las amazonas, de cuyas montañas manan fuentes que fecundan las campiñas.

ver esto uno de los nautas, se expresa así:

—Esta isla que tenemos a la vista es territorio de Marte, y por lo tanto, es inútil que intentemos desembarcar. Prueban mi aserto esas aves rapaces, y no es desdoro la retirada, pues el vate ciego nos aconsejó la prudencia. Lancemos al unísono un grito estertóreo, agitemos nuestras alabardas y plumeros, y talvez el repentino estrépito asustará a los pájaros.

La falange marina acepta el consejo, forma con sus lanzas y sus escudos una techumbre que les protege del ataque de las terribles aves, y estalla en el bajel un ruido ensordecedor. Los fieros pájaros no se amedrentan, sino que por el contrario, acuden en bandadas cerniéndose sobre el Argos y los nautas cual heroicos campeones, tienen que sostener el ataque, hasta que los ala-

dos enemigos, cruzan el Ponto y van a perderse en sus lejanas orillas.

Sobreviene una fuerte tempestad, el cielo queda velado por la lluvia, mientras las olas combaten con violencia al Argo, y el vendaval desgarrar sus velas. Al alborear el día aparece ante los nautas cuatro náufragos acongojados que al ver que ellos hallaron refugio en la playa, se dirigen hacia allí, asidos a los tablones en que lograron salvarse. Uno de ellos implora a Jasón, que adivina que es el jefe:

—Acoge benigno, nuestras súplicas, ¡oh nauta! La tempestad destruyó nuestra barca, perecemos de hambre. En nombre de Júpiter, os pedimos auxilio, dadnos ropas que cubran nuestra desnudez, alimento, cobíjanos bajo vuestra tienda.

(Continuará)

EL PRINCIPE VALIENTE

Una gran sequía había traído la guerra sobre el vasto reino del rey Venancio. Cuando llegó el otoño, los campesinos no encontraron nada que cosechar y vagaban de un lado a otro buscando donde poder trabajar. De pronto, sin saber cómo, empezó a circular el rumor de que en un viejo y abandonado castillo estaba todo el secreto del infortunio que había caído sobre el reino. El rey Venancio prometió la mano de la princesa a quien descubriera el secreto del castillo abandonado y al cual nadie se atrevía acercarse. Lo supo el príncipe Valentín y montado en su brioso caballo se dirigió a la ciudad de Granada, que era donde se hallaba el famoso castillo abandonado por los moros muchísimos años antes.

El príncipe Valentín no sólo se acercó al castillo, sino que penetró en él y se alojó entre sus ruinas. Apenas había cerrado los ojos, cuando sintió que alguien lo tocaba suavemente en el hombro. Abrió los ojos y vió una mano que se destacaba en medio de la oscuridad, una mano blanca y fina que parecía vivir por sí misma. Como dicha mano parecía hacerle señas de seguirle, Valentín la siguió al punto muy curioso de saber el fin de aquella misteriosa aventura.

La mano lo condujo a una sala lujosa donde había preparada una mesa con manjares exquisitos con los cuales Valentín se regaló a su gusto. En seguida, la mano lo llevó a un espléndido dormitorio, y dejó solo y desapareció. Valen-

tín se acostó en el blando lecho y se durmió profundamente. Cuando las campanas de Granada tocaron las doce campanadas, la mano apareció de nuevo y despertando al príncipe, se oyó un voz que decía.

—Eres un valiente; nadie se había atrevido hasta ahora a seguir mi mano. Si quieres completar una buena obra, quédate a dormir en el patio montado en tu caballo durante tres noches consecutivas. Pero pase lo que pase, por ningún motivo debes salir del patio. ¿Serás capaz de resistir al enemigo, sin salir del patio?

(Continúa en la última pág.)



—Soy la hija del rey Venancio, dijo la joven; vuestra valentía ha roto el encanto de este castillo y ha librado al país de la sequía. Comeremos y luego iremos a palacio de mi padre.



¿QUIEN RAPTO

RECUERDE: Jeff Warren es enviado para hacerse cargo del rancho Doble Y, pues se desconfía de la honradez del administrador Henson. Jeff protege al niño Jim Henson y poco después salva la vida a Carol Henson. Más tarde un novillo furioso ataca a Carol.

CAPITULO IV



1.—Saltando sobre el feroz animal, Jeff Warren lo asió de los cuernos y usando todas sus fuerzas logró detenerlo a poca distancia de Carol Henson que miraba la escena completamente atónita.



2.—De este modo Jeff Warren salvó una vez más la vida de la hermosa hija de Bill Henson. Otros vaqueros no habían dominado al novillo.—¡Gracias, Jeff, me ha salvado la vida! dijo Carol emocionada.



3.—En eso llegó el capataz Johnson y se encaró con Jeff diciéndole: —¡Qué torpe es usted! No ha hecho más que poner en peligro la vida de la señorita Carol. Para otra vez no admitiré torpezas.



4.—Carol Henson intervino indignada: —¿Cómo se atreve a decir eso delante de mí, Johnson? exclamó. Jeff me ha salvado la vida y para ello no ha vacilado en arriesgar la suya propia. ¿No ha visto?



5.—Mientras Carol alegaba con el capataz, el niño Jim hizo una señal a Jeff para que se apartara. Y cuando Jeff se acercó, le dijo: —Shorty y Kansas fueron los que soltaron el toro en el corral.



6.—Johnson les ordenó que hicieran eso, continuó el niño. Jeff le dió las gracias y le recomendó que no dijera nada. Y cuando Jeff se preparaba para salir, vió venir un jinete a lo lejos.

A HENSON?



7.—El jinete llegó corriendo y se detuvo jadeante junto a Jeff. —Se robaron el ganado del valle, exclamó. Por favor dígaselo al capataz. —Venga conmigo para que se lo diga usted mismo, replicó Jeff Warren conduciendo al vaquero.



8.—Poco después el vaquero contaba lo sucedido: —No pudimos hacer nada; los ladrones estaban enmascarados y dispararon contra Jim y Dave. Mientras hablaba el vaquero, Jeff Warren observó que Johnson fruncía el ceño con muestras de disgusto.



9.—Pero el capataz parecía estar preparado para recibir una noticia semejante, porque en el acto dió la orden de ir en seguimiento de los ladrones. —No puede ser sino la banda de Jake Soames, dijo. ¡A ver, niños, monten a caballo y vamos!



10.—Jeff se disponía ya a ir en busca de su caballo con los demás vaqueros, cuando Johnson lo detuvo y le dijo con rudeza: —No necesito sus servicios, señor Warren; puede quedarse aquí. Yo y mis muchachos nos bastamos de sobra.



11.—Los vaqueros, encabezados por el capataz, partieron a la carrera dejando tras de sí una gran polvareda. Carol se acercó a Jeff Warren y dijo: —No sé que habría hecho yo sin Johnson desde la desaparición de mi papá...



12.—Carol se marchó y Jeff murmuró para sí, mientras encendía un cigarrillo: —Me parece que la señorita está muy equivocada respecto de ese Johnson. ¡En fin! Creo que haría bien en ir por ahí a ver si encuentra al papá Bill Henson.

(CONTINUARA)

LOS PRINCIPES

ENCANTADOS



Por la mañana al despertar no estaba segura de haber soñado eso o si realmente era cierto. Avanzó un poco más y no tardó en encontrar a una anciana que llevaba un cesto lleno de bayas, de las que le dió algunas. Elisa le preguntó si había visto a once príncipes por el bosque.

—No —contestó la anciana— pero ayer ví once cisnes, con unas coronas de oro en la cabeza y que nadaban en la corriente de agua que hay aquí cerca.

Condujo a la niña a la orilla del agua. Los árboles de ambos lados entrelazaban sus ramas y cuando eso no les era posible, se inclinaban uno a otro para ponerse en contacto. La niña se despidió de la anciana y siguiendo luego la orilla del río, llegó a la playa y a la vista del mar.

Pero en la extensa superficie no pudo divisar una sola embarcación. ¿Cómo seguir avanzando? Miró entonces los cantos rodados que cubrían la playa y que estaban desgastados por la continua acción del agua. El hierro, el vidrio y la piedra habían sido pulimentados por el agua, mucho más blanda y menos consistente que ellos.

—Todo eso lo ha conseguido el agua gracias a su insistencia y a su trabajo continuado —pensó Elisa.— Pues yo seré tan incansable como ella. Gracias por la lección que acabáis de darme, olas. El corazón me asegura que algún día en-

contraré a mis hermanos.

En la arena de la playa encontró once plumas de cisnes. Ella las recogió reuniéndolas en un solo haz. Vió que en ellas había aun algunas gotas de agua, aunque nadie habría podido decir si eran de rocío o de lágrimas.

Aquella playa estaba muy solitaria, pero la niña no se dió cuenta, porque el aspecto del mar cambiaba continuamente, de tal manera, que en el espacio de pocas horas, se producían allí transformaciones de color que en los lagos, en el espacio de muchos años. De pronto, se elevó en el cielo una nube negra, como si el mar quisiera dar a entender que también puede adquirir ese color. Sopló más tarde el viento y las olas mostraron sus blancas crestas y si las nubes eran rojas y caía el viento, el mar se parecía entonces a las hojas de las rosas, a veces blanco y en otras ocasiones verde. Pero en todos los momentos se percibía un leve movimiento de las aguas, hacia la orilla, donde el agua subía y descendía como el pecho de un niño dormido.

Cuando el sol estaba a punto de ponerse, Elisa vió once cisnes salvajes, cada uno con una coronita de oro en la cabeza y que volaban hacia la orilla. Iban en fila, uno tras otro, cual si formasen una cinta blanca.

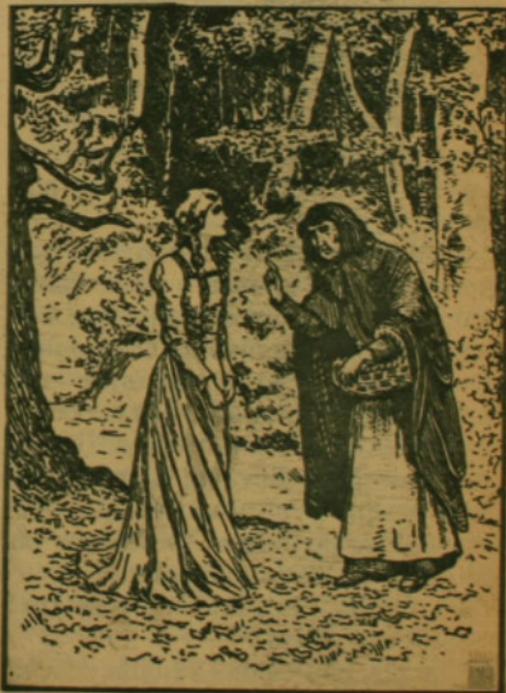
Elisa subió por la playa y fué a ocultarse en una mata; los cisnes se posaron a corta distancia y agitaron sus largas y blancas alas.

En cuanto el disco del sol se hubo ocultado bajo la línea del horizonte, los cisnes se desprendieron de su plumaje y se transformaron en otros tantos apuestos príncipes. Eran los hermanos de Elisa. Y aunque habían sufrido grandes cambios, ella los reconoció en el acto. Segura ya de que eran sus hermanos, fué a arrojarlos en sus brazos, llamándolos por sus nombres. Ellos se sintieron penetrados de dicha al reconocer a su hermanita a la que vieron transformada ya en una bellísima joven. Y unós momentos después llorando y riendo a la vez, se dieron cuenta de sus respectivas aventuras y comentaron el trato de que todos habían sido objeto por parte de su madrastra.

—Nosotros —dijo el hermano mayor— nos vemos condenados a vivir en forma de cisnes, mientras el sol alumbrá la tierra. Cuando se pone, recobramos nuestra forma humana. Por esta razón, al llegar la hora del ocaso, procuramos hallarnos en un lugar apropiado para posarnos en tierra, porque si la puesta del sol nos sorprendiera en pleno vuelo, nos veríamos desplomados al mar o a la tierra. No vivimos aquí. Más allá del mar, hay un país de maravillosa belleza. El camino hasta allí, es muy largo, y, para llegar a él, hemos de cruzar el océano.

“No hay otra tierra en que podamos pasar la noche, mas que un islote tan pequeño que solamente nos ofrece el espacio necesario para sostenernos en pie, aunque el mar nos salpica continuamente. Sin embargo, damos muchas gracias a Dios por habernos ofrecido aquel pequeño refugio. Pasamos allí la noche en

nuestra forma humana, y gracias a aquel islote podemos regresar a nuestra patria, ya que en nuestro vuelo hemos de emplear los dos días más largos del estío. Solamente una vez al año, y por espacio de once días, nos es permitido visitar nuestra patria. Cuando llegamos a este bosque, nos elevamos en el aire y así de lejos, podemos divisar las altas torres de la iglesia a cuyo pie está enterrada nuestra madre. Nos parece que los árboles y aún las matas son nuestros parientes; y por los prados galopan los caballos salvajes tal como los veíamos en la infancia. Los carboneros siguen cantando las antiguas canciones que nos servían para bailar cuando éramos niños. Esta es nuestra patria y nos sentimos atraídos a ella. Además, aquí te hemos encontrado de nuevo, querida hermanita. Aún podemos



Elisa encuentra una anciana que le dice haber visto once cisnes con coronas de oro.

permanecer aquí dos días más. Luego habremos de emprender el vuelo a través del mar, hacia aquel país de maravillosa belleza, pero que tiene el inconveniente de no ser nuestra patria. ¿Cómo podremos llevar-te con nosotros, no habiendo, como no hay ninguna embarcación que te permita hacer el viaje?

—¿Y cómo podré yo libraros de vuestro encantamiento? —exclamó la buena niña.

Luego continuaron hablando por espacio de largas horas, y al fin dedicaron unas pocas al sueño.

A la mañana siguiente, Elisa se despertó al oír en el aire el roce de las plumas de las alas de los cisnes. Sus hermanos se habían transformado otra vez y describían entonces grandes círculos en el aire, hasta que al fin, se perdieron a lo lejos. Uno de ellos, el menor, se quedó en tierra. Apoyó la cabeza en el regazo de la joven, y ella mientras tanto, le acariciaba. Permanecieron juntos todo el día. Por la tarde regresaron los demás y en cuanto se puso el sol recobraron la forma humana.

—Mañana hemos de marcharnos y no nos atreveremos a venir hasta que haya transcurrido un año. ¿Cómo será posible que te abandone-mos aquí? ¿Serías bastante va-lerosa para acompañarnos en nues-tro viaje? Mi brazo tiene suficien-te vigor para llevarte a través de este bosque y no dudo de que, en-tre todos, podremos sostenerte en el viaje a través del océano.

—¡Oh, sí, llevadme con vosotros! —contestó Elisa.

Emplearon toda aquella noche en tejér una especie de red con cor-tezas flexibles en las que entrelaza-

ron algunos juncos, Elisa se tendió en ella y en cuanto salió el sol y sus hermanos se transformaron nuevamen-te en cisnes, todos tomaron con sus picos una punta de la red y se elevaron hasta las nubes, llevando la preciosa carga de su hermanita, que estaba profundamente dormi-da. Los rayos del sol le daban en el rostro y, al advertirlo, uno de los cisnes voló de manera que sus grandes alas proyectaran alguna sombra.

Estaban ya muy lejos de tierra cuando despertó Elisa. De mo-mento se figuró que estaba soñan-do, pues le pareció muy extraño verse llevada a través del aire y por encima del mar. A su lado vió una rama cargada de dulces bayas y un manajo de sabrosas raíces, que su hermano menor había prepara-do para ella. La niña le correspon-dió dirigiéndole una cariñosa sonri-sa de gratitud. Adivinó que era el cisne que volaba por encima de ella, protegiéndola del sol. E iban a tal altura, que el primer barco que vieron les pareció una diminuta gaviota posada en el mar. Una gran nube que se elevó a sus espal-das, permitió a Elisa ver proyecta-da en ella su propia sombra y las de sus hermanos, que parecían gi-gantes. Aquel espectáculo era lo más bello que había podido contem-plar en toda su vida, pero cuando se elevó el sol y la nube se quedó atrás, desaparecieron aquellas som-bras animadas.

Durante todo el día siguieron vo-lando, pero en aquel viaje los cisnes avanzaban con menos rapidez que en otras ocasiones, ya que habían de transportar a su hermana. De pronto llegaron a un cielo tempes-

tuoso y estalló la tormenta. Además aproximábase ya la hora del crepúsculo y Elisa, con terror se daba cuenta de ello, porque la roca solitaria no se veía aun por ninguna parte. Los cisnes parecían dar aleteos más fuertes que antes y Elisa decía con pena que ella tenía la culpa de la lentitud de su vuelo. En cuanto pusiérase el sol, ellos recobrarían la forma humana y se caerían al mar, ahogándose (sin remedio, Elisa rezaba desde el fondo de su corazón, mas la roca solitaria no se veía aun. Amontonáronse unas nubes negras, fuertes rachas de viento anunciaron una tempestad y los relámpagos se sucedían rápidamente.

El disco del sol tocaba ya el mar por su borde inferior. Elisa sintió el mayor terror y en aquel momento los cisnes iniciaron un descenso tan rápido que la joven llegó a temer que se cayeran. Pero ellos volvieron a nivelar el vuelo. La mitad del disco solar habíase ocultado en el horizonte y entonces, por primera vez, pudieron ver a gran distancia el islote rocoso, que apenas parecía tener el tamaño de la cabeza de una foca. El sol se hundía rápidamente y cuando apenas asomaba por el horizonte, los cisnes se posaron en el islote. Desapareció por completo el astro del día y Elisa vió que sus hermanos, recobrada ya la forma humana, habíanse cogido por los brazos y la rodeaban. Apenas había allí espacio para todos. Las olas se arrojaban contra ellos y juntamente con la lluvia los mojaban por completo. El cielo era continuamente cruzado por relámpagos y el trueno se oía sin interrupción. Pero los once hermanos cogi-



Un hermoso cisne se acerca a Elisa.

dos de los brazos daban gracias a Dios por la salvación que les había concedido.

Al amanecer el aire era puro y apacible. En cuanto salió el sol los cisnes se elevaron llevando a Elisa. El mar seguía agitado y las crestas de las olas daban la impresión de que las aguas estaban casi cubiertas por millones de cisnes que nadaban en ellas.

Cuando ya el sol estuvo más alto, Elisa vió ante ella y casi flotando en el aire, grandes montañas, cuyas cimas estaban coronadas de nieve. A la mitad de la altura de las montañas estaba un palacio, en el que se veían amplias columnatas. Más abajo vió una extensión cubierta de palmeras y de plantas cuyas flores parecían ruedas de molino por lo grandes.

(Continuará)



RECUERDE: Don Alfredo Fontán niega la mano de su hija Clara a Santiago, hasta tanto éste no acreciente su fortuna. Santiago Merande recibe una extraña carta con un documento que parece una escritura secreta. Va donde su tío materno Juan Salvere para que éste descifre el documento. Pero antes había con su amigo Gabriel Montrose.

CAPITULO II

Las palabras de Gabriel Montrose no desanimaron a Santiago Merande, que dijo:

—Creo que mi tío Juan va a sacarme de dudas.

—Si en vez de operaciones algebraicas resulta un documento cifrado con las indicaciones de un tesoro oculto, no dejes de avisarme, dijo riendo Gabriel Montrose. ¡Tengo unas ganas de correr aventuras en busca de un tesoro, como no te imaginas!...

Santiago se despidió de su amigo y siguió hacia la casa de su tío Juan Salvere.

Después de los saludos de rigor, Santiago mostró a su tío la carta y el documento misterioso. El hombre de ciencias examinó la escritura azul con mucha atención y luego dijo:

—Esto nada tiene que ver con la álgebra, hijo mío, Creo, como tú, que se trata de una carta en clave. Trataré de descifrarla. Entiendo bastante en criptografía...

Y mientras hablaba, el tío Juan examinaba fijamente el documento. De pronto se volvió hacia el so-

brino y le dijo:

—Díme, Santiago: ¿No estuvo alguna vez tu tío Felipe empleado en la Dirección de Correos y Telégrafos?

—Precisamente, tío Juan. Renunció dos años antes de marcharse al Africa. Yo tenía entonces unos doce años de edad, pero lo recuerdo perfectamente, tanto, que me había fabricado yo mismo un manipulador telegráfico para jugar con él.

—Entonces el asunto es muy claro, este problema es de lo más sencillo de resolver.

Y así diciendo, el tío Juan Salvere se sentó ante su escritorio, tomó unas hojas de papel en blanco y con el misterioso documento a la vista se puso a escribir apresuradamente una cantidad de líneas con rayas y puntos. En seguida, en otra hoja escribió palabras y más palabras y cuando hubo llenado la hoja, se la pasó a su sobrino diciéndole:

—Aquí tienes completamente descifrado el documento.

—Pero, ¿cómo ha logrado descifrarlo en tan poco tiempo? preguntó admirado Santiago.

—Lee primeramente; en seguida te explicaré.

Santiago leyó lo siguiente:

“Para evitar que mis enemigos se apoderen de mi tesoro, he ocultado dos cajas de diamantes en bruto, avaluado en diez millones de

francos (8 millones en una caja y 2 millones en la otra). Este tesoro está enterrado en un oasis del desierto de Chual y es fácil reconocerlo por dos vertientes orientadas de norte a sur. La primera caja está enterrada a ciento dos metros al oeste de la vertiente sur. La segunda está a ochenta y tres metros de la vertiente norte. La primera caja es para ti y mi sobrino Santiago. La otra quiero que sirva para recompensar a Kunú y a Niembé y a todos los que te ayuden a encontrar mi tesoro. *Felipe Merande*".

Santiago acabó de leer el documento y en seguida preguntó a su tío con profunda admiración:

—¿Pero cómo pudo descifrar los extraños signos algebraicos, tío?

—Ya te dije, respondió sonriendo don Juan Salvere, que nada tenían que ver las ecuaciones algebraicas con el documento secreto. Apenas supe por ti mismo que Felipe había estado empleado en la Dirección de Correos y Telégrafos, sospeché que la telegrafía tenía mucho que ver en el asunto. Entonces leí el primer signo P2RP de este modo: punto, 2 rayas, punto, es decir: (. — — .) lo que en telegrafía significa la letra P. Siguiendo este método compuse los siguientes signos: (. —) (. — .) (. —) y reemplazándolos por las correspondientes letras del alfabeto Morse, obtuve una A, una R y otra A. Con la inicial P obtuve la palabra PA-RA.

—Comprendo tío; lo demás fué una cosa sencillísima, como lo sería para cualquiera persona que sepa el alfabeto Morse. ¡Admirable, qué inteligencia más lúcida la suya, tío!

—No tanto, sobrino mío; es cues-

tión de observación únicamente y de un poco de suerte. Y ahora que sabes la trágica historia de Felipe, ¿qué piensas hacer?

—Ante todo, tío, respondió el joven preocupado siempre con la hazaña que había hecho su tío Juan al descifrar el misterioso documento, ante todo, dígame, ¿qué significaba los signos + y — del documento?

—¡Oh, dijo riendo don Juan Salvere, esos signos eran sólo separaciones entre palabra y palabra. Y Felipe echó manos a tres signos diferentes para dificultar más la solución del enigma, como se dice vulgarmente, puso tres signos diferentes para "emborrachar la perdíz" a los curiosos. Pero no contestaste mi pregunta. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Estoy pensando que debo ir al Africa por dos razones principales: primera, porque debo, si es posible, vengar la muerte de mi tío Felipe; segunda, porque se me presenta la oportunidad de acrecentar mi fortuna y de este modo poder casarme con Clara Fontán.

—Son dos buenos propósitos, sobrino, dijo plácidamente el tío Juan. Pero, ¿te has detenido a pensar en los grandes y variados peligros que deberás afrontar en la selva africana?

—Sí, tío. Pero don Alfredo Fontán me ha exigido una demostración de energía y capacidad antes de concederme la mano de Clara. Y yo quiero aprovechar esta oportunidad para demostrarle que soy un hombre digno de aspirar a la mano de su hija. Lucharé en Africa hasta salir triunfante en la empresa o...



Derval proporcionó la barca y vigila el embarque de provisiones e instrumentos.

—¿O qué?

—¡O no volveré más a Francia! respondió el joven resueltamente.

—¡Volverás, hijo, volverás! le dijo el tío Juan palmoteándole cariñosamente la espalda. Veo que eres un hombre de carácter y yo te ayudaré a triunfar.

—¡Oh, tío! ¿Lo hará usted? exclamó el joven agradecido.

—Sí. No sólo te ayudaré a preparar la expedición, sino que... también te acompañaré.

—¡Gracias, sabía que usted me apoyaría con toda su alma y con toda su inteligencia! exclamó Santiago abrazando a su tío. Con un guía tan sabio como usted y con un amigo tan bueno como Gabriel Montrose, llevaré todas las probabilidades de triunfar, querido tío.

—¿Quién es Gabriel Montrose?

—Un amigo y compañero de colegio. Desde nuestros tiempos de estudiantes Montrose sentía predilección por los deportes. Siempre sobresalía en los campeonatos deportivos y, tal vez por eso, descuidaba un poco los estudios. Pero es un gran muchacho.

—Me alegro, Santiago. Porque nada hay más difícil en la vida que hallar un buen amigo.

—Sí, tío. Montrose es energético y posee una gran voluntad. Además, no hace mucho me confesó su sed de aventuras.

—Y tres voluntades unidas forman una voluntad perfecta. Anda y avisa a tu amigo para que se disponga a emprender la gran aventura.

Don Juan Salvere, como verdadero hombre de ciencia, era perfectamente metódico y paciente. El se encargó de preparar la expedición y cuidó minuciosamente de todos los detalles. Una semana más tarde, los expedicionarios partían de las costas de Francia y después de una buena travesía desembarcaban en Dakar. Desde esta ciudad se dirigieron a San Luis y desde aquí, aprovechando los cursos de los ríos, el ferrocarril o yendo en caravana, se dirigieron a Bamakú, la ciudad africana desde donde había sido enviada la carta firmada por Mauricio Derval.

No les fué difícil dar con el antiguo amigo del tío Felipe, Mauricio Derval los recibió cariñosamente y les dió toda clase de informaciones respecto de la muerte del infortunado viajero Felipe Merande. Además de estas informaciones, dió a los expedicionarios excelentes consejos sugeridos por su experiencia. Especialmente les recomendó tomar como guías a los dos indígenas indicados por el propio Felipe Merande en su última carta, Niembé y Kunú, pertenecientes ambos a la tribu de los songoyes.

Derval les proporcionó una sólida embarcación y escogió la tripulación, vigilando, además, el embarque de los cajones que contenían armas, municiones, instrumentos científicos y provisiones. Los expedicionarios se despidieron del buen Derval y empezaron a remontar la corriente del Níger a fuerza de remos.

—¡Eh, Zamba! interpeló don Juan Salvere a un negro de piel retuciente como el charol. ¿Cuánto demorarás en llegar a Diarafabé?

El negro hizo el saludo militar, demostrando con eso la influencia francesa sobre los negros sudaneses, y respondió mostrando el marfil de sus dientes:

—Mañana estar en Diarafé si noche ser buena.

Tranquilo don Juan encendió la lámpara de alcohol y se puso a preparar café. El penetrante aroma se elevó en la atmósfera y el sabio presentó la bebida a sus compañeros y se sirvió él mismo. Los tres se pusieron a conversar admirando la belleza del paisaje africano. Y cuando más entretenidos estaban en su conversación, varias exclamaciones lanzadas por los sudaneses, les hicieron volver la cabeza.

Tres de los negros estaban examinando una cosa en la proa y los demás, dejando de remar, se levantaron inquietos y, al parecer muy sorprendidos.

Don Juan Salvere fué a ver.

—¿Qué ocurre? preguntó.

—Agua entrar por agujero, explicó Zamba.

Salvere se puso pálido y quedó un momento desconcertado. ¿Cómo se había abierto esa brecha allí? Había tenido la precaución de examinar muy bien la embarcación antes de partir y no había advertido señales de que pudiera producirse tan serio accidente. El agua entraba a chorro y había invadido la cala sin que los esfuerzos de los negros fuesen suficiente para contrarrestar la vía de agua.

—Si no logramos acercarnos pronto a la orilla, nos iremos a pique, dijo Salvere. ¡A la orilla, a la orilla! ¡Un collar para cada uno si salvan el cargamento!

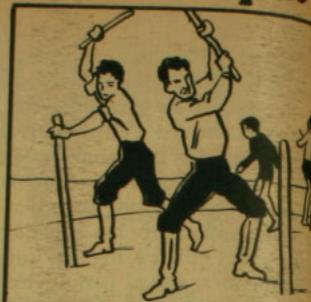
Y al decir esto, mostraba un magnífico collar de vidrios coloreados, verdes y rojos, imitando esmeraldas y rubíes. Los ojos de los negros relucieron de codicia. Sus movimientos se hicieron más activos y diez de entre ellos tomaron los remos; los seis restantes, ayudados por los tres viajeros, luchaban contra la invasión del agua. La barca estaba a quinientos metros de la orilla. ¿Alcanzaría a llegar? Fué un instante terrible. Y mientras todos trabajaban, Salvere no cesaba de pensar en este accidente producido en forma tan inesperada y casi misteriosa...

(Continuará)

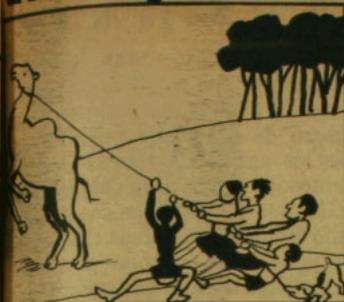
Aventuras de Pepito de su perrito "Chochi"



1.—Acarician los niños al perrito, que está alegre y contento el pobrecito, y ni ladra, ni gruñe ni hace nada, ante aquella visita inesperada.



2.—Dos de los hombres que son buenos obreros, fijan en la tierra unos maderos, pues quieren que la noche les sorprenda hecha una choza, que luego será tienda.



7.—Con una cuerda lanzan a un camello, que es hermoso ejemplar, arisco y bello, y Chochi con su fuerza resistente, hace migas la cuerda con los dientes.



8.—El camello, domado, les ayuda en esta situación grave y aguda, mientras los niños cosen su ropita con hebras que les da la hoja de pita.



3.—Pero Chochi, que habíase ausentado vuelve pronto muy bien acompañado, con unos amiguitos que ha encontrado, cotorra y monos muy bien educados.



4.—Siguen de Chochi indicación precisa y a un bosquecillo marchan de esta manera, mientras la cotorra ha referido la tragedia que a Chochi ha sucedido.



9.—Los niños habitantes del islote, súbditos del gobernador Negrote, se presentan a hacerles compañía, y así pasan contentos todo el día.



10.—Los niños, que se valen de mil tretas, enseñan a los negros, bien las letras, aunque Pepito mucho tiempo ahorra, si actúa de maestra la cotorra.



5.—Trabajan todos con ardor y empeño, construyendo un refugio que su sueño, mientras los monos, Chochi y la cotorra, arman con unos pájaros camorra.



6.—Encuentran ricas frutas y un caudal de agua que viene de un rico manantial, y aunque no tengan liebres ni perdices, con esto ya se creen muy felices.



11.—Los padres recorriendo el islote, les obsequian con panes y manteca, pues saben, el que no es agradecido, lo mismo allí que aquí no es bien nacido.



12.—Y hasta Negrote, un buen gobernador, se digna dispensarles el honor, de ofrecerles una lucida fiesta, que aceptan. Ya veremos cómo es ésta.

CORRESPONDENCIA

Marine Da Ler.— Qué simpática su cartita y agradecemos a Ud. los buenos deseos y palabras de aliento que tiene para "El Colegial". Su "Salutación" se publica en este mismo número. Sus otros versos los iremos dando tan pronto como sea posible. Será un placer para esta revista contar con su colaboración.

Toñito Donoso.— Su cuento para el 21 de Mayo creemos que no alcanzará a entrar; pero lo dejaremos para otra oportunidad. Envíe el cuento que ofrece y si el Director lo encuentra apropiado se publicará.

Lore.— Agradecemos sus felicitaciones tan cariñosas y por supuesto le aceptamos como colaborador dibujante. Ya le remitiremos algunas colaboraciones para ilustrar. Envíe lo que usted desee.

Niebla.— Nos parece que tras su seudónimo se esconde una persona culta e inteligentísima, pues sus

colaboraciones lo están diciendo. Gracias por sus palabras de aliento para esta revista que empieza y que tratará de dar a los niños lo que más les agrade. Publicaremos sus hermosos versos. Siga colaborando.

Cheche.— Aceptados sus dibujos como también sus ideas. Ya habíamos pensado en eso, pero aún no podemos llevarlo a la práctica. Puede ser que en el número 7 u 8 de "El Colegial" aparezca lo que usted insinúa. Envíe lo que ofrece.

J. Barahona.— Con todo gusto le acogeremos y daremos sus cuentecitos, pero que sean originales.

Ernestina Concha.— Más adelante trataremos de complacerle en cuanto a la novelita que desea ver publicada en "El Colegial" por el momento es imposible contar las seriales que estamos dando. La aceptamos con todo gusto como una entusiasta colaboradora.

EL SECRETARIO

"LOS ESCLAVOS DEL SULTAN", HERMOSA NOVELA QUE INICIAREMOS PROXIMAMENTE



CARLOS CORVALAN P.



LUCHITO CORVALAN P.



MARIA CABEZAS C.

QUILLAI

QUILLAJA SAPONARIA.—MOL.

Familiae Spiracoideas.—Género. Quillaja.

Este árbol siempre verde abunda en la Cordillera de la costa donde aparece como arbusto, en los valles de la Cordillera de los Andes, de las provincias de Curicó, Talca y Linares, alcanza una altura de 10 mts. con un diámetro de 1 mt. Sus hojas cortamente pecioladas de borde entero son de forma elíptica. 5 sépalos tomentosos: 5 pétalos blanquiscos, 10 estambres; 5 ovarios. Su fruto está constituido por 5 folículos estrellados. La corteza es muy rica en saponina, razón por la cual da una dilución espumosa empleada para lavar ropa y limpiar objetos de oro y plata.

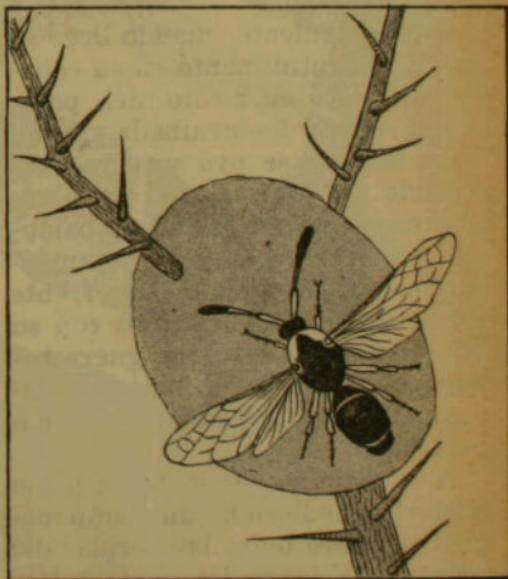
Por que su corteza es tan solicitada es por lo que se explica que este árbol sea cada día más escaso, acercándose rápidamente a su exterminación.

AVISPA ALBAÑIL

ODYNERUS CHILENSIS

Orden Himenópteros.—Familia Véspidos.

Este interesante véspido conocido por nuestro pueblo con el nombre de Avispa Albañil, es muy común en Chile, vuela desde la costa hasta los 2.000 mts. en la Cordillera, desde Calbuco en el sur, hasta Coquimbo en el Norte. El nombre de albañil es por la curiosa manera de construir sus nidos que les da una forma más o menos esperidal. En el interior hay de 7 a 10 celdas para sus hijos. Cada celda es abastecida por 10 o 15 larvas de cunillas paralizadas pero no muertas que les sirven de alimento a los hijos. Estas larvas sacrificadas son siempre larvas de mariposas perjudiciales a las plantas. Tenemos una avispa utilísima, no se debe pues, destruir sus nidos. A estos nidos el vulgo le dá el nombre de tierra volada y le atribuye cualidades medicinales que no posee.





El Príncipe Valiente

—Trataré de hacerlo, respondió Valentín.

Al día siguiente, cuando llegó la noche, Valentín montó en su caballo, se colocó en medio del patio con la espada desenvainada y esperó. A las doce se oyó un gran estruendo y entraron en el patio varios guerreros moros que se abalanzaron contra Valentín furiosamente. Pero el príncipe les hizo frente y empezó a dar mandobles con su espada. De repente los guerreros moros se marcharon precipitadamente dejando a Valentín muy mal herido.

A la mañana siguiente, la mano misteriosa le llevó un unguento mágico que curó todas las heridas del príncipe. Y luego desapareció. Por tres noches Valentín tuvo que resistir el furioso ataque de los guerre-

ros árabes, y, como las noches anteriores quedó mal herido, siendo atendido a la mañana siguiente por la mano que curaba sus heridas con el unguento maravilloso. Pero después de la tercera noche, la mano no apareció al día siguiente. Valentín se dirigió al comedor y allí encontró, con gran sorpresa a una joven bellísima, que le dijo:

—Soy la hija del rey Venancio; vuestra valentía ha roto el encanto de este castillo y ha librado al país de la sequía. Comeremos y en seguida iremos al palacio de mi padre.

Así se hizo. Y cuando Valentín llegó al palacio, el rey lo abrazó y le dijo que le daba a su hija como esposa. Valentín y la princesa vivieron muy felices con la bendición del viejo rey.

FIN